

Para una pedagogía de lo público

Pedro Sáez Ortega*

I. LO PÚBLICO, ENTRE LA SOSPECHA Y LA NECESIDAD

Parfraseando al poeta, parece claro que *corren malos tiempos para lo público*. Identificado con los servicios esenciales del Estado de Bienestar, cuyo despliegue constituye uno de los hitos revolucionarios del siglo XX —como argumenta Gabriel Tortella (2000)—, aparece hoy como el paradigma de la ineficacia, el despilfarro y el obstáculo más relevante para el crecimiento económico de las denominadas sociedades abiertas. Un sector público fuerte pudo tener sentido hace algunos años, nos dicen, cuando se hacía necesario compensar desde el capitalismo el estatalismo comunista. Es cierto que todavía se reclama su intervención inmediata cuando los supuestos sacralizadores del mercado producen pérdidas significativas entre sus agentes dominantes.

Pero, salvando esta curiosa paradoja, en el momento presente, la teología de la globalización neoliberal que triunfa en todo el mundo impone sus creencias, disfrazadas de racionalización seudocientífica, tanto a las políticas gubernamentales como a los designios de las grandes instituciones económicas supranacionales: el papel de lo público resulta, así, anacrónico, una rémora del pasado

* *Instituto de E.S. Clara Campoamor (Móstoles)*
y *Centro de Investigación para la Paz*
de la *Fundación Hogar del Empleado (Madrid)*

condenada a la extinción o, en el mejor de los casos, a desempeñar un papel subsidiario y precario —múltiples tareas y escasos recursos—, con respecto a la iniciativa privada. Si repasamos lo acontecido en los últimos tiempos en áreas como la sanidad, la educación, los subsidios de desempleo o las pensiones, dentro y fuera de nuestro país; si analizamos sus consecuencias, no sólo en el terreno estadístico —ahí están los abundantes testimonios cinematográficos que dan cuenta de la profunda fractura social producida por la aplicación de recetas ultraliberales en países como EE.UU. o Gran Bretaña—, comprenderemos mejor el alcance de esta crisis de lo público.

La recuperación de la identidad genuina de lo público no es posible si no emprendemos un proceso educativo profundo y permanente

Pero el itinerario de este texto no se encamina en la dirección apuntada —una crítica a este abandono del estado como garantía de igualdad y equidad entre sus miembros—. Nos limitamos a constatar

estos hechos para poner en evidencia no sólo los imaginarios deformes o falsos que están detrás de quienes fundamentan, justifican y aplican las políticas expuestas —por ejemplo, la concepción del mundo como un inmenso hipermercado en el que los sujetos viven y actúan en condiciones simétricas—, sino también los errores —a menudo falacias interesadas— que cometen los ideólogos y publicistas del sistema a la hora de interpretar lo público, confundiéndolo con lo estatal; reduciéndolo a lo económico —casi diríamos a lo financiero—; obviando los aspectos político, sociales o culturales de dicha dimensión de la realidad humana; despreciando, en fin, el fundamento ético o moral de la misma (CAMPS, 1990).

Urge, pues, otorgar otro sentido a lo público, como escenario común donde se realiza la ciudadanía, como tarea humanizadora para afrontar las graves derivaciones de este *planeta de naufragos* al que parece conducirnos el actual estado de cosas en el mundo. Pero esta recuperación de la identidad genuina de lo público no es posible si no emprendemos un proceso educativo profundo y permanente. En efecto, como el resto de las construcciones sociales alternativas —la paz, la solidaridad, la tolerancia—, necesitamos un impulso consciente, un aprendizaje sistemático, que puede y debe —o debería— comenzar en la familia y en la escuela, pero que desborda ambas instituciones, situándose en la urdimbre del tejido social, en el espacio de todos y para todos que constituye la esencia de la verdadera democracia (GINER, 1996).

El objetivo de este artículo, por tanto, es ofrecer una serie de materiales para la construcción de una *educación para la acción*

ciudadana en el escenario de lo público. Para ello, seguiremos un argumento tomado de los modelos pedagógicos más frecuentes: partiremos de diagnóstico de la realidad, con el fin de, en segundo lugar, delimitar los contenidos de enseñanza y aprendizaje que respondan a dicho análisis; en tercer lugar apuntamos algunas propuestas metodológicas para dar forma a dichos contenidos; finalmente, sintetizaremos los ejes transversales que proporcionan el sentido global del proceso descrito. A pesar de sus limitaciones, creemos que esta apropiación del lenguaje didáctico a la tarea social de recomponer la cultura cívica, permite clarificar los temas y las tareas que consideramos necesario abordar con respecto a la misma de manera prioritaria y radical (GIMENO SACRISTÁN, 2002).

II. EN LA PLAZA, UN HORIZONTE DE PROBLEMAS Y POSIBILIDADES

Parece evidente que la afirmación de la ciudadanía como condición para vivir con los demás en un espacio y en un tiempo determinados origina múltiples conflictos. En efecto, si entendemos por conflicto *cualquier enfrentamiento o antagonismo entre individuos o grupos dentro de un contexto social*, ser ciudadano hoy —y también antes; o sea, siempre— es una tarea difícil, enfrentada a numerosas oposiciones:

- En primer lugar, una de las más evidentes y “clásicas”: La construcción de una conciencia cívica ha luchado, lucha y luchará casi eternamente contra cualquier poder o sistema establecido, que no permita la realización individual y colectiva de la mencionada conciencia o intente controlarla y domesticarla en su beneficio;
- En segundo lugar, y situándonos en el escenario de la vida cotidiana, las personas que se comprometen con la tarea de construir una vida en común con sus semejantes deben soportar otra carga no menos abrumadora que la anterior: la representada por los individuos que no quieren asumir ciudadanía alguna, o que la asumen en la medida en que supone derechos adquiridos por el esfuerzo de otros, pero no se sienten concernidos por deberes u obligaciones particulares con respecto a sus conciudadanos.
- Yendo ahora al “contexto histórico-existencial” en que nos situamos, otro problema nada desdeñable a la hora de practicar la ciudadanía es la ausencia de conflicto, la aparente tolerancia pasiva con la que son digeridas todas las posibles mani-

festaciones de relación política y social entre los individuos, las instituciones y los estados. La múltiple variedad de formas y modelos de "ser-con-los-demás" en un espacio público, dentro de un contexto de politeísmo —que no pluralismo— moral o ético, diluye en un laberinto sin entradas o salidas la definición de un proyecto de convivencia en el que la tarea de ser ciudadano tenga verdadero sentido social y no sea un "maquillaje de ocasión", como canta Luis Eduardo Aute en *La belleza* (1989)¹.

- A estos problemas podemos añadir, con el fin de complicar aún más el panorama trazado, la condición existencial del sujeto que pretende emprender tan costoso itinerario; es decir, si se trata de mujeres en sociedades androcéntricas y patriarcales —¿qué sociedad no lo es aún, en mayor o menor grado?—; emigrantes de tez oscura, ilegales o no; etnias malditas desde el punto de vista cultural y social —cada tribu tiene sus propios demonios particulares con los que exorcizar miedos e ignorancias—, o personas que viven una sexualidad distinta del comportamiento "oficial" de la mayoría, es casi inimaginable el número de "pruebas" que dicho sujeto debe afrontar, casi a la manera de los personajes de los cuentos infantiles o de los mitos literarios y cinematográficos, si quiere acceder no sólo a la posibilidad legal de ejercer su derecho a habitar la ciudad, sino al reconocimiento social y político por parte de los demás, que es el que otorga en realidad la condición de ciudadano al ser humano. Además, dicha condición presenta múltiples facetas, tal como señala Adela Cortina (1997), cuando se refiere a las diversas ciudadanías —política, social, económica, civil, cultural—, que configuran a los seres humanos en el presente, no siempre equivalentes o equilibradas entre sí.
- Por si fuera poco todo lo anterior, la citada "globalización neoliberal", tanto en el plano económico como en el de la "mun-

1 En este sentido, es posible que la lectura más paralizante de la posmodernidad descrita —o "segunda modernidad", como prefieren otros— no es la que olvida el *qué*, oculta el *dónde*, desprecia el *cómo*, o trivializa el *porqué*, a la hora de definir la ciudadanía tras el aparatoso derrumbe de las alternativas sociales del siglo XX, sino la que reduce el *para qué* a una imposible "salvación" individual o a la mejora "técnica" de los engranajes que facilitan el movimiento sin rumbo de las actuales estructuras políticas en cualquier escala. Como denuncia Imanol Zubero en *Movimientos sociales y alternativas de sociedad* (Madrid, HOAC, 1996), incluso el lenguaje de determinados pensadores de izquierda se ha contaminado de esta renuncia vergonzante a la defensa de unos horizontes utópicos para la construcción del futuro en el presente, y así se ha pasado del socialismo como "ética de la justicia y la solidaridad" al socialismo como mero instrumento de gestión de recursos materiales y humanos, una "ingeniería social" al servicio del sistema. El debate sobre la "tercera vía" del laborismo británico, recogido en los textos del conocido sociólogo Anthony Giddens, es un modelo "ejemplar" de este tránsito.

dialización" de la cultura de masas, reduce el papel de la ciudadanía "activa", al menos por el momento, al del conjunto de usuarios/consumidores de Internet, como si la extraordinaria capacidad de la Red —así, con mayúscula—, para incorporar y distribuir información fuera equivalente a la comprensión crítica y a la intervención activa en el entorno que nos rodea. Si hasta la fecha, la identidad ciudadana se definía a partir de unas coordenadas territoriales, históricas y lingüísticas, la creación de redes de comunicación alrededor del planeta traerá consecuencias culturales y políticas aún por concretar, pero que sin duda serán sumamente complejas (DOLLFUS, 1999)².

- Y en esto, llegó el 11 de septiembre de 2001: a la espera de que el tiempo aclare su relevancia histórica, los atentados contra el World Trade Center en Nueva York y el Pentágono en Washington han traído, sin duda, consecuencias inmediatas que nos afectarán en los próximos años: la imposición de un discurso maniqueo de carácter dual —"nosotros" frente a los "otros"—, por el cual toda crítica o disidencia —por ejemplo, los movimientos sociales por una globalización alternativa—, queda descalificada o criminalizada; la instrumentalización del miedo y la inseguridad para favorecer la militarización de las sociedades, el fundamentalismo ideológico o el autoritarismo político; la pérdida de libertades y derechos civiles, especialmente los que protegen a los inmigrantes extranjeros; o la sacralización de la visión estadounidense del mundo, no sólo como la única posible, sino como la única verdadera, en paralelo con un refuerzo sin precedentes de su hegemonía militar y política, constituyen sin duda nuevas amenazas para la realización personal y colectiva de la gente de a pie (SÁEZ ORTEGA, 2002).

Las dificultades parecen conducir a quienes se empeñan en ser ciudadanos del mundo en que viven a la heroicidad suicida, incluso al martirio cívico

Así, pues, las dificultades parecen conducir a quienes se empeñan en ser ciudadanos del mundo en que viven —independen-

² El *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1999, que anualmente publica el PNUD —Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo—, alerta sobre la nueva desigualdad Norte-Sur generada a partir del acceso a los mencionados canales de información: apenas un 3 por 100 de la población del planeta está conectada a Internet, y no parece que tan selecto club de privilegiados internautas genere una nueva cultura planetaria, por el momento. Según Ignacio Ramonet, en su libro *La golosina visual* (Madrid, Debate, 2000, 2ª ed.), las principales funciones de la saturación informativa que produce la red no son crear una opinión pública fundamentada o acercarnos a los grandes problemas de la humanidad, sino vigilar, anunciar y vender. Cfr. También, la obra de Manuel Castells, *La era de la información*. Volumen I: *La sociedad red*, Madrid, Alianza, 1998.

dientemente de las dimensiones que otorguemos a ese espacio que denominamos "mundo": desde las asambleas de vecinos o las campañas de las organizaciones no gubernamentales, hasta las elecciones municipales, autonómicas, generales o europeas—, a la heroicidad suicida, incluso al martirio cívico. Podemos, sin embargo, hacer otra lectura de este complicado panorama: al tiempo que señala los problemas, indica las posibilidades, las diferentes escalas donde es posible actuar. Para ello, es preciso ordenar y sistematizar los contenidos que constituyen el entramado de dicha actuación.

III. APRENDER LA CIUDADANÍA: TEMAS BÁSICOS

¿Cuáles son los argumentos relacionados con lo público que pueden ser objeto de conocimiento para la formación de ciudadanos conscientes? Los seres humanos en el intento de convivir con los demás, en las actuales sociedades occidentales —teniendo en cuenta la diferencia entre el Norte y el Sur, pero considerando que ciertos interrogantes son comunes a cualquier existencia "social", independientemente de la geografía y de la historia— se enfrentan a un variado conjunto de interrogantes, que podemos reducir, con el riesgo de simplificar, a cinco grandes oposiciones:

1) *Identidad / Diversidad*

Los ya mencionados procesos de mundialización vienen acompañados de un resurgimiento de las identidades y, muy especialmente las denominadas "identidades colectivas", que se manifiestan de muy diversas maneras: desde los integristas religiosos contrarios a la modernidad ilustrada, pasando por los nacionalismos étnicos más xenófobos y excluyentes, hasta los intentos por parte de comunidades humanas discriminadas o sometidas a poderes políticos opresivos de expresar su situación utilizando los canales de la comunicación global (KYMLICKA, 1999).

Muchos interpretan estos hechos como una lógica y en muchos casos saludable reacción defensiva frente a la uniformización cultural que se impone en todos los rincones del planeta³; otros ven pervivencias retrógradas y reaccionarias, que miran hacia el pasa-

3 Los acontecimientos que arrancan de la Cumbre de Seattle en 1999 —las protestas que acompañaron a la reunión de las grandes potencias económicas para potenciar la liberalización de los intercambios comerciales en el planeta, y que en buena medida provocaron su fracaso—, y que culminan, por el momento en el tercer Foro Social celebrado en Porto Alegre en 2003, ponen en evidencia al menos tres hechos de cierto interés de cara a las estrategias de los movimientos

do negando el futuro y despreciando el progreso. En todo caso, estos fenómenos han adquirido una dimensión considerable, que los hace difíciles de abordar.

Además de todos los cambios que se han producido en las sociedades contemporáneas por la progresiva introducción de la "perspectiva de género" —es decir, por la incorporación de los diversos feminismos a los valores culturales más extendidos—, otra dimensión del problema de la identidad es la progresiva implantación de sociedades multiculturales, tanto en el Norte como en el Sur. Los procesos migratorios masivos, cuya intensidad va en aumento, suscitan una enorme variedad de reacciones. Centrándonos en las sociedades receptoras y obviando los rechazos xenófobos o las mentalidades racistas —cuyo discursos y prácticas han pasado de la justificación mediante el "biologismo pseudocientífico" más duro al "culturalismo étnico", más blando, pero igualmente mixtificador—, el abanico de gestos abarca desde la necesidad de que los emigrantes se asimilen a la cultura dominante, pasando por las distintas formas de integración subordinada a los intereses productivos del sistema, hasta las propuestas para una tolerancia activa y solidaria, centrada en el diálogo intercultural (ARANGUREN GONZALO y SÁEZ ORTEGA, 1998).

En todo caso, el concepto establecido de ciudadanía queda seriamente sacudido por la confluencia de todos estos fenómenos, y obliga a una redefinición del sentido de la identidad ciudadana: a) el descubrimiento de la multiplicidad de identidades que cambian y se transforman en el espacio y el tiempo; b) los pasos que

El desarrollo de la dimensión política del ser humano ha ido acompañado de un progresivo descubrimiento de su individualidad. La culminación occidental de este proceso es la cultura burguesa

sociales de protesta que se avecinan: a) No sólo las grandes corporaciones transnacionales financieras, industriales o de servicios tienen un pensamiento y una estrategia de carácter globalizador: no se trata únicamente de una protesta anti-globalización, sino de la construcción de una globalización alternativa; b) Los poderes políticos y económicos se ponen muy nerviosos ante movilizaciones ciudadanas que escapan a su control; de ahí la desmesurada protección física y represión policial en las cumbres y reuniones, así como la identificación de las protestas con las violencias y desórdenes de algunos grupos; c) Lejos de un pensamiento alternativo común, el movimiento reúne numerosas identidades diversas, pero coincidentes en su percepción crítica del mercado capitalista mundial. Resulta muy interesante contrastar estos rasgos con los análisis de diferentes movimientos contestatarios del siglo XX, que hace Norman F. Cantor en su libro *La era de la protesta. Oposición y rebeldía en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1973 —la edición original estadounidense es de 1969, lo que otorga al texto un carácter testimonial, al estar escrito en el fragor de la "revolución" de 1968—. Para clarificar el "estado de la cuestión" sobre los conflictos generados por la globalización neoliberal, Carlos Taibo, *Cien preguntas sobre el nuevo desorden*, Barcelona, Punto de Lectura, 2002, y Joaquín Estefanía, *Hij@, ¿qué es la globalización? La primera revolución del siglo XXI*, Madrid, Aguilar, 2002.

van desde el reconocimiento de la diferencia a la necesidad de situar la diversidad en la clave de confrontación con la uniformidad "globalitaria" que trata de imponer su tiranía (RAMONET, 1997)⁴; c) el ambiguo papel del relativismo cultural a la hora de confrontar la propia cultura ciudadana con las propuestas que vienen de fuera: he aquí todo un programa para la reflexión y la acción cívica que supere la posible dicotomía entre diversidad e identidad (AA.VV, 1998).

2) Individualidad / Colectividad

Desde la peculiar democracia ateniense, que excluía a las mujeres, los esclavos y los metecos o extranjeros de los derechos políticos necesarios para participar en el gobierno de la polis, pasando por el desarrollo urbano en la plenitud de la edad media, favorecido

La privacidad tiene unos límites insoslayables: el yo nunca puede afirmarse verdaderamente sin el tú, de manera que prescindir del otro equivale a destruirse a sí mismo

por la atmósfera de libertad que propiciaba frente al cerrado y opresivo mundo rural sometido al régimen señorial, hasta la exaltación de la ciudadanía que proclaman las revoluciones liberales, el desarrollo de la dimen-

sión política del ser humano —al menos, desde una lectura etnocéntrica— ha ido acompañado de un progresivo descubrimiento de su individualidad. La culminación occidental de este proceso es la cultura burguesa, alimentada desde muy diversas instancias —la privatización secularizada de la fe religiosa, la estética y la filosofía de la subjetividad, la aplicación del "egoísmo" de cada uno al funcionamiento del mercado, la igualdad formal entre varones y mujeres, los derechos humanos—.

Este individualismo ha tenido muy mala prensa, incluso dentro de la propia civilización que lo ha producido⁵: ¿Qué sentido tiene el discurso de la solidaridad, se preguntan intelectuales y educadores "crí-

4 La respuesta a esta uniformización cultural no es, por lo tanto, la identidad-refugio, otra uniformidad a escala reducida, sino la ruptura con estructuras reales y mentales que encorsetan y burocratizan la identidad de las personas —las fronteras, los ejércitos, los mitos históricos o culturales— y la recuperación de aquellas dimensiones sociales y políticas más humanizadoras.

5 El libro de Ian Watt, *Mitos de individualismo moderno. Fausto, Don Quijote, Don Juan y Robinson Crusoe*, Madrid, Cambridge University Press, 1999, estudia la plasmación literaria del individualismo en los siglos modernos, a través de la recreación de los arquetipos mencionados en el título. La tesis del autor es que las historias de estos personajes reflejan la condena "social" de sus acciones individuales de manera progresivamente matizada —la locura quijotesca, el infierno para el amante liber-

ticos”, en medio del reino de la individualidad anónima que nos rodea? Antes de responder a una cuestión tan interpeladora, convendría precisar que no es lo mismo individualidad que privacidad, y que, además, incluso la mencionada privacidad tiene unos límites insoslayables: el yo nunca puede afirmarse verdaderamente sin el tú, de manera que prescindir del otro equivale a destruirse a sí mismo, como Dorian Gray, el protagonista de la novela de Oscar Wilde. El escritor mejicano Octavio Paz lo resume magistralmente en unos pocos versos: “*Para ser yo, he de ser entre los otros, / los otros, que no son si yo no existo, / los otros, que me dan plena existencia*”.

Por otro lado, el uso alternativo de lo “colectivo” frente a lo “individual” no siempre garantiza o legitima las acciones ciudadanas positivas. Obras teatrales como *Un enemigo del pueblo* (1882), de Enrik Ibsen o *La visita de la vieja dama* (1955), de Friedrich Dürrenmatt, reflejan mejor que cualquier tratado político las interesadas y manipuladoras apelaciones a la mayoría frente a la libertad de conciencia de los individuos⁶. La historia y el presente proporcionan numerosos ejemplos de la variedad de situaciones y papeles desempeñados por la colectividad: la solidaridad defensiva de las comunidades de aldea medievales tiene poco que ver con las colectivizaciones forzosas de la era estalinista y éstas casi ninguna relación con las colectivizaciones anarquistas en Aragón durante la guerra civil española. El actual debate sobre los “derechos colectivos” —¿quién es el sujeto de tales derechos?; ¿cómo se articulan con respecto a los derechos de los individuos?; ¿de qué manera deben protegerse los derechos de las minorías dentro de los estados liberales?— confirma la ambigüedad del término.

Puestos a intentar una hipotética “síntesis de contrarios”, podemos indicar que, de la misma manera que hasta el individualismo más exacerbado no puede realizarse en absoluta soledad —Robin-

tino o para la soberbia intelectual—, hasta que con las peripecias del naufrago creado por Daniel Defoe asistimos al definitivo triunfo de dicha mentalidad.

6 Recordemos brevemente el argumento de ambas obras. En *Un enemigo del pueblo*, el doctor Stockmann se enfrenta a la comunidad en la que vive, al denunciar la contaminación de las aguas del balneario del pueblo, principal fuente de riqueza y prosperidad para sus habitantes. Éstos anteponen sus intereses económicos y políticos a la realidad que el protagonista pone en evidencia. La *vieja dama*, Claire Zachanassian, es una multimillonaria que vuelve a Güllen, el pueblo del que se vio obligada a marcharse hace más de cuarenta años, dispuesta a vengarse de quien fue responsable de su desgracia, Alfred III: ofrece mil millones para la ciudad y sus habitantes, si alguien mata al personaje citado. La primera reacción de la comunidad es de escándalo y rechazo, pero el cálculo de los “beneficios” que reportaría semejante donativo acaba finalmente por imponerse y los ciudadanos de Güllen se encargan de cumplir la condición impuesta, ejecutando a III.

son Crusoe contaba con la cultura material, espiritual y moral proporcionada no sólo por su formación y su experiencia previas, sino por los restos del barco en el que viajaba cuando naufragó—, ya que las personas son sujetos de ciudadanía en la medida en que su existencia aparece siempre en un contexto sociopolítico, la colectividad cívica nunca puede ser masiva, sino que ha de tender a la comunidad, grupo en el que la interacción entre sus miembros permita su reconocimiento como individuos y la posibilidad de realizar tareas y acciones que transformen la realidad interna y externa a dicho grupo. Así que los aparentes opuestos de hecho convergen, porque se necesitan recíprocamente: los encuentros y alianzas entre las organizaciones no gubernamentales en el Norte y de las comunidades urbanas y rurales en el Sur constituyen un ejemplo significativo de ese conflictivo y enriquecedor diálogo entre la persona y la comunidad (DÍAZ-SALAZAR, 1996).

Es evidente que la movilización ciudadana no puede separarse de la fuerza del número, y no sólo porque el poder sea especialmente sensible a la cantidad; es igualmente cierto, como dicen los viejos marxistas, que la suma de cambios cuantitativos puede producir un “salto cualitativo”, aunque no siempre sucede así y tampoco ese salto es siempre a mejor. Por tanto, lo relevante no es lo individual o lo colectivo, sin más, sino las redes que estructuran y dan sentido a la relación entre ambos procesos. Individuo/Persona y Colectividad/Comunidad son conceptos integrados en el espacio y el tiempo, no previos a la realidad social en que se insertan, y presentan muchos modelos y formas, según contextos y culturas (DAHL, 1998).

3) *Integración / Disidencia*

Algún diccionario todavía define al ciudadano como “hombre de provecho”. ¿Quién es buen ciudadano? ¿El que vive según las normas establecidas, es decir, según los códigos de conducta aceptados por sus convecinos y/o impuestos por el poder? Como en el caso del individuo y la colectividad, la visión de la “integración” en el “sistema” y de la “disidencia” frente a lo “establecido” terminó por derivar en un estereotipo respectivamente negativo y positivo. En el momento presente este juicio de valor en torno a las citadas actitudes ciudadanas requiere algunas matizaciones. ¿Cómo se puede valorar negativamente el esfuerzo de muchos agentes educativos y sociales por incorporar al entramado ciudadano a quienes, por diferentes razones, manifiestan conductas y comportamientos claramente asociales o “disruptivos”, como se suele decir ahora? Otra cuestión es el cómo y el para qué de dicha integración.

Por otro lado, ¿qué respuesta dar a la problemática de la exclusión social? A la hora de definir las desigualdades sociales en el mundo de hoy, ya no resulta válida la imagen de los que están arriba frente a los que están abajo del sistema: ahora el problema reside en la confrontación entre los que están dentro y los que quedan fuera, excluidos del estado benefactor, del consumo o de la participación política. El objetivo de integrar a los excluidos es, por tanto, sumamente transgresor y tiene muy poco que ver con la acomodación pasiva a las reglas de juego que impone el poder.

De igual manera, la teoría y la práctica de la disidencia debe cuestionarse. A menudo el choque contra el orden establecido significa de hecho la huida hacia paraísos "puros", fuera de la realidad contaminada y perversa que asimila hasta la propia contestación social, como la justificación del espejismo de libertad que pretende vender, tal como señaló en su momento Herbert Marcuse en su libro *El hombre unidimensional* (1964). Pero la disidencia puede entenderse también como la búsqueda de una cultura alternativa frente a todo proceso deshumanizador, que atenta contra la dignidad de cualquier ser humano, en la medida en que impide no sólo la satisfacción de sus necesidades básicas, sino su plena realización en el tiempo en que le ha tocado vivir.

Esta búsqueda, concebida como herramienta ética para el cambio social y cultural, incluye tres movimientos paralelos e interrelacionados: a) por un lado, la denuncia crítica y la movilización activa, mediante las estrategias de la resistencia civil (RANDLE, 1998); b) por otro lado, la incorporación de los signos emancipadores que laten en el interior del sistema en que vivimos, y que permiten ir transformándolo desde dentro y de una manera profundamente progresiva; c) en tercer lugar, la formulación de un horizonte utópico, un proyecto social movilizador, recreado no en el laboratorio de las teorías o las elucubraciones intelectuales, sino a partir de las experiencias de trabajo que susciten procesos de ruptura y cambio (TARROW, 1997).

En definitiva, el diálogo entre integración y disidencia debe partir de una doble tarea: a) en primer lugar, la integración del excluido, la recuperación de la ciudadanía para quien ni siquiera tiene la posibilidad de obtenerla por sus propios medios —contribuyendo, sin embargo, con su existencia y su trabajo al bienestar de la polis, como los esclavos en la Atenas del siglo V a.C. facilitaban con sus

La tercera fase de los derechos humanos cumpliría la tríada proclamada por la revolución francesa —libertad, igualdad, fraternidad—, a través de la solidaridad y el desarrollo de los pueblos empobrecidos del planeta.

brazos la posibilidad de que los ciudadanos pudieran participar activamente en el gobierno de su ciudad-estado. Estos esclavos eran casi invisibles a los ojos de los atenienses, como los excluidos hoy son los "nadies" del estremecedor poema de Eduardo Galeano⁷: darles existencia cívica y palabra individual y colectiva es un inexcusable ejercicio de disidencia ciudadana, que debe ir acompañado, b) en segundo lugar, de un proceso dirigido hacia una transformación social que haga posible la realización plena de todas las posibilidades individuales y colectivas de esos seres humanos ninguneados por el dinero, el consumo masivo, el estado benefactor o la cultura oficial. Este ejercicio consciente de ciudadanía presenta numerosas estrategias. La distinción entre movimiento reivindicativo, sensibilización social, labor preventiva y procesos educativos es accidental y dependerá del objetivo que la asociación, el grupo o la organización se proponga alcanzar (GARCÍA ROCA, 1998).

4) *Igualdad / Diferencia*

En muchas ocasiones, la proclamación de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley suscita numerosos problemas, en especial cuando dicha proclamación se confronta con el paralelo reconocimiento, sea pasivo o activo, de las múltiples diferencias que caracterizan a esas personas iguales desde el punto de vista legal o formal. El recorrido histórico de la utopía de la igualdad parece claro: tras la primera oleada de derechos individuales, que gira en torno a la libertad, un conjunto de reivindicaciones surge a partir de los resultados del proceso de industrialización desde mediados del siglo XIX: la lucha por la igualdad marcará el enfrentamiento entre obreros y patronos, al tiempo que las reivindicaciones de las mujeres buscan su reconocimiento social y político —sufragio, educación, condiciones laborales—. Según los expertos, la tercera fase de los derechos humanos cumpliría la tríada proclamada por la revolución francesa —libertad, igualdad, fraternidad—, a través de la solidaridad y el desarrollo de los pueblos empobrecidos del planeta.

Cuando la lucha por la igualdad aún no ha concluido ni dentro ni fuera del Norte, aparece una creciente reclamación de la diferencia

7 El lenguaje periodístico utiliza un término aberrante para denominar a los nuevos "esclavos" de la Unión Europea, los "sin papeles", aunque en los libros de estilo de los rotativos se recomienda sustituir tal infamia por el adjetivo "indocumentados". Las declaraciones de las autoridades gubernativas españolas con ocasión de las crecientes y continuas explosiones "aisladas" de xenofobia y racismo, cuando señalan que las personas que trabajan sin sus papeles en regla son "inexistentes" desde el punto de vista legal, son otro magnífico ejemplo de educación informal para la gestación de actitudes racistas entre la (anti)ciudadanía.

como el factor decisivo que permite avanzar en la democracia ciudadana. La tolerancia sería, así, la herramienta cívica para hacer realidad ese reconocimiento social de la libertad de cada cual, o la libertad de cada cultura, para coexistir e imbricarse con los demás. Esta diferencia es más difícil de concretar desde el punto de vista legal. Además, como indicábamos al principio de este texto, cuando estas diferencias se “posmodernizan”, se presentan como opciones igualmente válidas entre sí, sin otro criterio que su presencia en el mercado de los valores y los modos de vida.

Muchos dan la bienvenida a cualquier diferencia que traspase el límite de la intimidad o la pequeña comunidad de referencia y se haga presente en la plaza pública. Los problemas comienzan a la hora de situar las continuas diferencias que “acontecen”, sean del signo que sean, dentro de marcos de convivencia consensuados. Se hace necesario redefinir continuamente las condiciones de igualdad obtenidas e inventar nuevos escenarios que amplíen tanto el código legal que regula dicha igualdad, como el sentido colectivo de la misma.

Por lo demás, a veces ni la exaltación de la diferencia es sinónimo de libertad o de “madurez” democrática⁸, ni la pretendida igualdad se libra de un uso demagógico, que frecuentemente degenera en uniformidad alienadora, negadora de lo específico de cada ser humano. Las reflexiones de autores clásicos, como Erich Fromm, en *El miedo a la libertad* (1941), o Georges Orwell, en *1984* (1949), alertan acerca del peligro de convertir la igualdad en condición necesaria para el dominio despótico, la discriminación cultural y la despersonalización social. Sin duda, el poder, si aspira a ser absoluto, ve facilitado su ejercicio tiránico sobre un conjunto de súbditos idénticos entre sí y encuentra muchas más dificultades

Toda diferencia que aísla, niega y no tolera otras divergencias, deteriora las condiciones en que se ejerce la ciudadanía, se autoexcluye de su espacio en el ágora

8 Durante el franquismo se difundió el slogan “España es diferente”, afirmación que, además de su objetivo turístico, encubría una lectura política evidente —frente a la decadente y problemática democracia occidental, la superioridad del régimen hispano—, que produjo, en unión de otros factores, el ya conocido analfabetismo ciudadano para muchas generaciones, raíz de algunos de los problemas más graves que afectaron —y aún afectan— a la transición política española: institucionalización de variadas formas de corrupción política; dismantelamiento material y moral de los movimientos sociales creados frente a la dictadura; lectura instrumental de la “razón de estado”, a propósito, por ejemplo, de la “lucha antiterrorista”; abandono de cualquier proyecto ético movilizador, lo que se manifestó en acontecimientos como la reconversión industrial, el referéndum sobre la OTAN o la reforma educativa de la etapa socialista (1982-1996). No parece que el actual gobierno popular (1996-...), le vaya a la zaga en la gestión de los procesos migratorios, las catástrofes ecológicas o los conflictos internacionales.

para perpetuarse cuando se enfrenta a la libertad de ideas y modos de vida, que constituye la esencia de la vida social. Lejos de solucionarse, los problemas aumentan cuando se trata de poderes formalmente democráticos, sometidos a reglas de juego entre las que se incluyen el respeto y la atención a las minorías diferentes.

¿Cómo afrontar estos conflictos? En primer lugar, la afirmación de la igualdad es —o debería ser— una condición básica para el ejercicio de la diferencia. Pero la ruptura con las dinámicas discriminatorias no puede producirse sólo en el espacio legal o judicial, sino, sobre todo, en el ámbito de la cultura civil: el reconocimiento activo y en diálogo de las diferencias, no con el objetivo de superarlas, sino para que enriquezcan la convivencia. Toda diferencia que aísla, niega, encierra y no tolera otras divergencias —de parecida o diversa entidad a la suya—, deteriora las condiciones en que se ejerce la ciudadanía, se autoexcluye de su espacio en el ágora. En tanto que niega su existencia a las demás o las utiliza con el objetivo de afirmar sus rasgos propios —mediante la violencia, como los grupos ultras—, renuncia a la tolerancia que reclama. A nuestro juicio, tiene que haber una coherencia entre la definición y el ejercicio de ambos términos.

5) *Participación / Autonomía*

La práctica de la ciudadanía ha exigido siempre un elevado grado de implicación personal en la tarea, de manera que, en muchas ocasiones, dicha tarea hacia fuera era un impedimento para la construcción hacia dentro de los individuos que participaban en ella. La tradición de los movimientos sociales ha reclamado habitualmente una participación, cuyos requisitos afectaban y afectan a todos los ámbitos de la vida: a) el trabajo emancipador debía encarnarse en la realidad, no aparecer como fruto de la elucubración teórica —aunque la tuviera en cuenta—; b) las acciones no tenían sentido por sí mismas, sino dentro de un horizonte de transformación social y política bien definido; c) los cambios había que plantearlos y empujarlos desde abajo hacia arriba, y no al revés; d) los objetivos se dirigían a los cambios conquistados al poder y al apoyo concienciado la sociedad civil; e) el voluntariado —y el voluntarismo— formaba parta esencial de sus herramientas de trabajo cotidiano. Semejante proyecto, cuya descripción podría ampliarse, resultaba enormemente exigente, dejando poco resquicio a la autonomía de las personas implicadas.

En el contexto actual, hay una paradoja evidente entre las reiteradas proclamas “administrativas” en favor de la participación y

la realidad de unos métodos: a) restringidos al ámbito sociocultural; b) centrados en el espectáculo de consumo inmediato; c) como una concesión subvencionada de arriba hacia abajo; d) organizada por la administración; e) a través de especialistas y expertos profesionalizados. Estos cambios, plasmados con mayor o menor intensidad en los distintos espacios públicos y movimientos sociales, reflejan una crisis de los valores asociados al compromiso social, agravada por su secularización, tanto religiosa como política⁹.

**Recuperar la memoria
para descubrirse en la historia
defendiendo las conquistas sociales
en busca de un proyecto común
que pasa por los derechos de todos**

Esta situación tiene muchas posibles lecturas: el entusiasmo neoconservador por la sociedad civil esconde el miedo a la manida "pérdida de valores" que la paralela exaltación del mercado, con su correspondiente "corrosión del carácter", es decir, de la moral social que sustentaba las relaciones sociales en la era industrial, ha provocado (SENNETT, 2000); por otro lado, la personalización del trabajo solidario, característica de los nuevos movimientos sociales —tan criticada a veces por los defensores del compromiso "clásico"—, viene a cubrir el vacío de identidad creado en generaciones precedentes, que pusieron su vida —la privada y la pública— al servicio de un proyecto que, o bien no pudo lograrse tal como fue concebido, con la consiguiente frustración de la realización personal, o bien degeneró y se adocenó, perdiendo sus virtualidades liberadoras para el conjunto de la sociedad: el paso de la transformación del futuro a la conservación del presente generó similares desequilibrios emocionales e intelectuales en aquellas personas que participaron como militantes, pero no vivieron esa militancia como un medio de enriquecimiento propio. Eso explica el actual debate sobre la "autonomía" de los individuos frente a las exigencias de intensidad y profundidad que reclama la participación para el cambio social, y mucho más en el momento presente, en que no existe ni siquiera el sentido de la pregunta por dicho cambio.

Estos binomios de opuestos —a un tiempo viejos y nuevos—, que hemos descrito someramente, sin agotar todas sus posibles lecturas, son un tanto artificiales. Lo más complicado no es establecer las numerosas divergencias entre las tendencias apuntadas,

⁹ La parte narrativa del material publicado por el programa de Voluntariado de Cáritas, *Somos andando. Itinerario educativo y animación del voluntariado* (Madrid, Cáritas, 1999, 1ª Parte: *Narración*; 2ª Parte: *Caja de Herramientas*), elaborada por Luis A. Aranguren Gonzalo, constituye una lúcida exposición de los debates pasados y presentes en torno a las cuestiones expuestas en este apartado.

sino encontrar los medios para hacer converger dichas tendencias de la forma más enriquecedora posible, tanto en las personas como en las comunidades en que aparecen. La verdadera transformación cultural inducida por estos conflictos consistirá en hacer posible que los encuentros resultantes de semejantes confluencias asuman sus contradicciones y debilidades, para convertirse en valores sociales "fuertes", en "narraciones de sentido" que movilicen al conjunto de los habitantes de un territorio determinado hacia las metas que ellos mismos se propongan.

IV. RECONQUISTAR LA CIUDAD: ITINERARIOS METODOLÓGICOS POSIBLES

Parece claro que la elaboración de una pedagogía de la cultura cívica que incluya los componentes enunciados es una tarea difícil, puesto que no existen recetas mágicas ni soluciones plenamente satisfactorias para todos. Es preciso poner en marcha una serie de aprendizajes conscientes, en los individuos y en los grupos, que ayuden a visualizar los contenidos citados y sus posibilidades didácticas para practicar el oficio de la ciudadanía. A este respecto, describimos una serie de "ejercicios", a modo de recursos didácticos dirigidos a la reflexión personal y el trabajo colectivo, que buscan concretar aún más lo que hemos esbozado en los epígrafes anteriores, tratando de plasmar de la forma más dinámica posible una serie de ideas para dar forma a las conflictivas y necesarias acciones "públicas" de todos los días:

1) Recuperar la memoria...

Una buena manera de comprender el proceso histórico de la construcción de la ciudadanía es situarse físicamente en otro momento de la historia en que dicha construcción aún no se había realizado o lo había hecho de manera bastante precaria. Por ejemplo, podemos recurrir al contexto escolar de hace setenta años, realizando un retroceso en el tiempo, hasta 1930, con el fin de visualizar de la forma más gráfica posible los cambios hacia atrás que habría que introducir: ¿Cuántas chicas permanecerían en el aula? ¿Cuántos chicos, hijos de padres obreros, llegarían al instituto, en el caso de que sus abuelos o sus padres hubieran podido salir del pueblo a la aldea en que vivían? ¿Cómo vestían y se comportaban los bachilleres de los años 30? ¿Cuál era su trato con respecto al profesor? ¿Y la metodología utilizada por éste? ¿O los materiales de la clase —sillas, mesas,

pupitres, pasillos, iluminación, murales, tarimas, pizarras, libros de texto—? Una sencilla indagación sobre todas estas cuestiones y su posible expresión dramatizada —los testimonios de las personas mayores serían imprescindibles—, permitiría valorar los cambios sociales, y, sobre todo, percibir las características de los mismos: ¿Empezaron en una fecha concreta o a raíz de unos acontecimientos determinados? ¿Quiénes los protagonizaron? ¿Personajes famosos o mujeres y hombres anónimos, nuestros ascendientes más directos, de cuyo esfuerzo y sacrificio nos estamos beneficiando nosotros ahora?¹⁰

2) ... para descubrirse en la historia...

La recuperación activa de la memoria del pasado debe ir acompañada del auto-descubrimiento de la propia historia en el contexto en que vivimos. Plantearse escribir unas cuantas líneas que resuman nuestra propia vida y la de los nuestros, hasta donde sea posible recordar o reproducir lo que nos han contado al respecto, y hacer una puesta en común compartida —familiar o en grupo— de los diversos relatos, puede ayudar a contrastar las constantes y las divergencias, los azares y los condicionamientos, los movimientos espaciales y los cambios vitales que nos han afectado desde mucho tiempo antes del que imaginamos. Cuando situemos esos años de existencia en una perspectiva cronológica, remitiéndolos a la historia “oficial”, aprenderemos a referir nuestro pasado, presente y futuro hacia escalas temporales y sociales más amplias. Este ejercicio resulta muy conveniente no sólo para acrecentar nuestra sensibilidad histórica, sino para consolidar una memoria que enseñe a leer las percepciones y los testimonios de cada época, por muy subjetivos que puedan parecer —cartas, notas, poemas, canciones, diarios—, en el espacio y en el tiempo¹¹.

La recuperación activa de la memoria del pasado debe ir acompañada del autodescubrimiento de la propia historia en el contexto en que vivimos

10 La narración de Josefina R. Aldecoa, *Historia de una maestra* (Barcelona, Anagrama, 1990) puede ser una referencia significativa para reactivar esta memoria compartida.

11 Un ejemplo de la adquisición de pensamiento histórico lo ofrece el trabajo dirigido por M^a Carmen García-Nieto en la Escuela Popular de Adultos "Los Pinos de san Agustín", de Palomeras (Madrid), *La palabra de las mujeres. Una propuesta didáctica para hacer historia (1931-1990)* (Madrid, Popular, 1991).

3) ... defendiendo las conquistas sociales...

Esta conciencia histórica, tan importante en la definición de la ciudadanía, debe atender igualmente a la defensa del "patrimonio" social que, acumulado trabajosamente durante siglos, se ve hoy amenazado de muy diferentes maneras. Un recurso de alto valor didáctico para poner en evidencia este patrimonio es escenificar diferentes modelos sociales —democrático, totalitario, militarista o ultranacionalista, por poner algunos ejemplos—, en torno a un tema o a una persona que reúna características problemáticas para la organización política a la que se pretende incorporar —por ejemplo, una mujer extranjera y pobre o una persona ciega—. ¿Cómo reaccionaría cada estructura política ante esta presencia "conflictiva"? La dramatización de estas situaciones y la puesta en común posterior de las sensaciones y sentimientos surgidos a lo largo de la dinámica puede servir para ser más conscientes de la necesidad de revalorizar y profundizar en los logros sociales que hacen posible una vivencia más completa de las acciones ciudadanas en el presente¹².

4) ... en busca de un proyecto común...

De igual manera, es conveniente aprender a pensar los problemas en las diferentes escalas o planos que actúan de forma interrelacionada en los diversos escenarios del planeta. La propuesta que podemos hacer para visualizar esta complejidad es elaborar una especie de código o proyecto de convivencia que integre al conjunto de personas con el que vivimos o trabajamos. Los autores de dicho código asumirán después, a través de un sorteo totalmente azaroso, diversos personajes y situaciones —una emigrante, un vagabundo, un homosexual, una drogodependiente—, para observar "desde la propia piel" en qué medida la ley que han elaborado da cabida a su diversidad o tiene en cuenta su diferente forma de situarse en el mundo, además de la "normalidad" establecida para todos¹³.

12 Como complemento a este análisis puede servir el divertido libro de Steven Lukes, *El viaje del profesor Caritat o Las desventuras de la Razón. Una comedia filosófica* (Barcelona, Tusquets, 1997), que sigue la línea de las sátiras políticas de Swift o Voltaire, presentándonos diversos mundos imaginarios —Militaria, Utilitaria, Comunitaria, Libertas—, que recogen los principales problemas de los actuales —y reales— sistemas políticos.

13 El extenso trabajo dirigido por Pierre Bourdieu, *La miseria del mundo* (Madrid, Akal, 1999), recoge numerosos testimonios reales de las situaciones descritas en el ejercicio propuesto y constituye casi una enciclopedia de la condición humana en el horizonte inmediato del siglo XXI.

5) ... que pasa por los derechos de todos

Finalmente, hay que “entrenarse” en las posibilidades y los límites del ejercicio de la ciudadanía, en la afirmación del ser humano como sujeto de derechos y deberes en un contexto social y político determinado. Tanto el cine como el teatro ofrecen muchas imágenes para afrontar los problemas inherentes a esta afirmación cívica. A este respecto, por ejemplo, podemos componer una secuencia de fragmentos teatrales conocidos, comunes en su temática —la mujer frente al arquetipo viril y sus diversas encarnaciones: la guerra, la violencia, el poder—, pero con planteamientos estéticos y soluciones dramáticas muy diferentes entre sí —*Lisístrata*, de Aristófanes; *Madre Coraje y sus hijos*, de Bertolt Brecht; *Antígona*, de Jean Anouilh; *La muerte y la doncella*, de Ariel Dorfman—, con el fin de comentar sus distintas ópticas y debatir la progresión histórica e ideológica en torno a la lucha por la dignidad humana que plantean¹⁴.

V. CONTINUAR CONSTRUYENDO SENTIDOS CÍVICOS

Tras la descripción de estos recursos metodológicos para acercarse a los contenidos desarrollados a lo largo del artículo, llega el momento de establecer, como conclusión, las finalidades básicas que dan sentido a esta suerte de prontuario didáctico sobre lo público que hemos esbozado. El itinerario que hemos seguido hasta este punto conduce casi de manera inevitable a plantear, con todas las prevenciones imaginables, una serie de “principios”, entendiendo este término no sólo como “cuestiones principales”, sino también como “cuestiones que se sitúan en el comienzo”, no para señalar las únicas rutas posibles, sino para reiterar los “procedimientos” que, desde nuestro punto de vista, parecen más adecuados para facilitar esa integración la construcción de la ciudadanía con que abríamos nuestra exposición (ARANGUREN GONZALO, 2002):

- *La ciudadanía no se puede entender como un derecho pasivo caído del cielo, sino que exige deberes, responsabilidades y contrapartidas activas.* Como los acontecimientos históricos pasados y recientes demuestran, no es suficiente su regulación legal, sino que es preciso y en muchos casos urgente y perentorio emprender su conquista diaria;

¹⁴ El texto de Luis de Sebastián, *De la esclavitud a los derechos humanos. La formación del pensamiento solidario* (Barcelona, Ariel, 2000), realiza una síntesis muy útil de la mencionada progresión.

- *La ciudadanía es un valor social y cultural que recorre el entorno inmediato hasta llegar a las más recónditas escalas planetarias. Como en el caso de los Derechos Humanos, la ciudadanía es indivisible, es decir, no establece diferencias entre lo cercano y lo lejano, la identidad y la diversidad o el corto y el largo plazo;*
- *La ciudadanía, más que un principio, es una tarea constante de afirmación —participación, construcción— y de negación —denuncia, desobediencia—, que no llega a su plenitud más que en el diálogo y la confrontación con los problemas y las posibilidades para la plena realización de las personas en la polis;*
- *Si aspira a convertirse en miembro activo de su comunidad, cualquier individuo debe plantearse un conjunto de tareas que podemos resumir en: a) hacerse cargo de la realidad; b) cargar con sus problemas y conflictos; y c) encargarse de la resolución de los mismos. De esta manera, la toma de conciencia ciudadana, que procede del conocimiento, debe ir dirigida a la acción transformadora según el proyecto de persona y de sociedad que vaya generándose al mismo tiempo;*
- *Las manifestaciones formales de la ciudadanía, siendo como son necesarias —por ejemplo, el sufragio con ocasión de las convocatorias electorales—, no se agotan en lo político, sino que lo integra en un sentido mucho más amplio, dirigido al cambio en los ejes culturales básicos que configuran la civilización del presente.*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- ARANGUREN GONZALO, L. A., *Educación en el compromiso. Valores para vivir en sociedad*, Madrid, PPC.
- ARANGUREN GONZALO, L. A. y SÁEZ ORTEGA, P. (1998), *De la tolerancia a la interculturalidad. Un proceso educativo en torno a la diferencia*, Madrid, Anaya (Colección *Hacer Reforma*).
- CAMPS, V. (1990), *Virtudes públicas*, Madrid, Espasa-Calpe.
- CORTINA, A. (1997), *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*, Madrid, Alianza.
- DAHL, R. (1999), *La democracia. Una guía para los ciudadanos*, Madrid, Taurus.
- DÍAZ-SALAZAR, R. (1996), *Redes de solidaridad internacional. Para derribar el muro Norte-Sur*, Madrid, HOAC.
- DOLLFUS, O. (1999), *La mundialización*, Barcelona, Bellaterra, (Colección *La Biblioteca del Ciudadano*).
- GARCÍA ROCA, J. (1998), *Exclusión social y contracultura de la solidaridad. Prácticas, discursos y narraciones*, Madrid, HOAC.
- GIMENO SACRISTÁN, J. (2002), *Educación y convivir en la cultura global. Las exigencias de la ciudadanía*, Madrid, Morata.
- GINER, S. (1996), *Carta sobre la democracia*, Barcelona, Ariel.
- KYMLICKA, W. (1999), "Nacionalismo minoritario dentro de las democracias liberales" (en GARCÍA, S. y LUKES, S. (Comps.), *Ciudadanía: justicia social, identidad y participación*, Madrid, Siglo XXI, págs. 127-157).
- RAMONET, I. (1997), *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo*, Madrid, Debate.
- RANDLE, M. (1998), *Resistencia civil. La ciudadanía, ante las arbitrariedades de los gobiernos*, Barcelona/Buenos Aires, Paidós.
- SÁEZ ORTEGA, P. (2002), *Guerra y Paz en el comienzo del siglo XXI. Una guía de emergencia para comprender los conflictos del presente*, Madrid, CIP/CIE —FUHEM—.
- SENNETT, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- TORTELLA, G. (2000), *La revolución del siglo XX. Capitalismo, comunismo y democracia*, Madrid, Taurus.
- TARROW, S. (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza.
- VV.AA. (1998), *La interculturalidad que viene. El diálogo necesario*, Barcelona, Icaria/Fundació Alfonso Comín.